

La imagen del marxismo

Alberto Flores Galindo (*)

Hay una imagen inicial del marxismo que lo ubica en relación directa con el mundo intelectual. Es la imagen del mismo Marx que, establecido en Londres a partir de 1849, tras la derrota de la "primavera en los pueblos" —la oleada revolucionaria de 1848— se encierra en el Museo Británico de 9 de la mañana a 7 de la noche, fumando desesperadamente, leyendo de manera casi angustiada hasta terminar con los ojos inflamados y llenos de forúnculos. De esta imagen surge la definición del marxismo que van a repetir Lukacs y otros, según la cual el marxismo es la síntesis de la herencia de la cultura humana. El marxismo representa la síntesis de la herencia cultural de la humanidad y por lo tanto su historia tiene que ser pensada en relación a la historia cultural de un país, de una civilización como el mundo occidental.

Esta imagen del marxismo plantea un primer problema. A pesar de recoger la cultura de una sociedad, el marxismo se postula como un pensamiento crítico en ruptura con la sociedad en la que emerge. ¿Cómo crear una teoría crítica y nueva con un lenguaje heredado del pasado? El problema se plantea de manera específica, por ejemplo, en la relación entre Hegel y Marx, entre Plejanov y Lenin, entre Croce y Gramsci. Ciertamente para ninguno de estos casos existe una respuesta puramente teórica: se trata de dirigentes revolucionarios cuyas respuestas siguen a la vida, difícilmente se le anticipan.

Quizás para pensar en la historia del marxismo es importante preguntarse cuándo nació este término, cómo apareció. El término comenzó a circular a fines de los años 1870 y principios de los años 1880. Tuvo dos connotaciones. Una negativa, que aludía a quienes no eran precisamente los seguidores de Marx sino a quienes querían imponer a como diera lugar las ideas de Marx, (lo que desde un inicio establece una vinculación entre marxismo y autoritarismo). Pero hay otra connotación que surge en un lugar totalmente inesperado —sobre todo para Marx—: Rusia. Desde allí le llega una carta firmada por Vera Zasulich, terrorista rusa, que le plantea una serie de preguntas en relación al marxismo y al capitalismo en los países atrasados. En esa carta del año 1881, Vera Zasulich habla de que existían círculos de intelectuales en diversas ciudades de Rusia que

recibían el nombre de marxistas. Aquí la palabra tiene una connotación positiva. Esto nos pone en la pista de un hecho importante en la historia posterior del marxismo: su rápida difusión en Rusia.

La historia del marxismo aparece por este lado no sólo asociado a la historia y las tradiciones culturales de una sociedad, sino a la historia de un grupo social, los intelectuales. Justamente es en Rusia que se acuñó el término "intelligentzia" para designar a estos individuos de extracción social media, que se desligaban de su clase de origen y que postulaban, a partir de imperativos morales, la necesidad de un cambio en su sociedad, viendo en el marxismo la posibilidad de encontrar una vía alternativa.

Estos rusos también nos ponen frente a otro tema de la historia del marxismo: los ambientes peculiares en los que la historia del marxismo ha transcurrido, el correlato social de la historia del marxismo. El marxismo, más que tener como escenario las universidades o los medios académicos, ha tenido otros escenarios. En el caso de estos rusos un escenario importante son las prisiones. Es sintomático revisar la biografía de alguno de estos marxistas rusos y comprobar el lugar capital que la prisión jugó para su formación como marxistas. Viene rápidamente a la memoria el caso de Trotsky y lo que nos dice Deutscher en su biografía: cómo Trotsky conoció en la prisión en Moscú a revolucionarios más viejos, más experimentados, oyó hablar por primera vez de Lenin y leyó "el desarrollo del Capitalismo en Rusia", que acababa de aparecer. Estas prisiones terminan por convertirse en especie de universidades informales.

Junto con la conspiración y la cárcel, el otro ambiente importante fue el exilio. Los que pasaron por el exilio se tornaron cosmopolitas, estaban convencidos de la necesidad de conocer y difundir las tradiciones occidentales. Sin embargo, esta historia del marxismo en Rusia, hoy sumamente importante, no lo era a fines del Siglo XIX.

A fines del S. XIX e inicios del S. XX el marxismo se confundía más bien con Alemania y con el partido socialdemócrata. Su personaje central era Kautsky, quien dio algunas definiciones de lo que era el marxismo. En 1886, Kautsky, considerado el discípulo privilegiado de Marx decía lo siguiente: "Marx ha rea-



lizado la unión del socialismo con el movimiento obrero demostrando que el fin del capitalismo será natural y necesariamente alcanzando a través del desarrollo del modo de producción moderno y la lucha de clases y solo podrá ser entendido a través del estudio de este modo de producción". Años después, en 1908, dió lo que podría ser la definición clásica del marxismo: en última instancia el socialismo marxista no es más que la ciencia de la historia desde el punto de vista del proletariado. Esta versión de Kautsky ya no sólo asocia la historia del marxismo con la cultura, con los intelectuales, sino además con las clases sociales, con los conflictos de clase y con una clase en particular: el proletariado. Podría trazarse una biografía paralela del marxismo y el desarrollo de las organizaciones sindicales, y descubrirse las conexiones entre marxismo y sindicalismo, entre marxismo y movimiento obrero.

Kautsky y los alemanes de principio de siglo tendieron muchas veces a dar la imagen del marxismo como un movimiento uniforme, prolongación de las ideas de Marx. Tempranamente, a las variantes cosmopolitas y nacionales del marxismo, se sumaron las diferencias entre los seguidores, que se pretendían fieles y ortodoxos, y los seguidores que se sentían cada vez más irreverentes.

Rosa Luxemburgo, cuya trágica muerte la ha preservado de que cualquier burócrata la expulsa de la lista privilegiada de seguidores encumbrados de Marx,

consideraba que este no era sino el mejor intérprete de la realidad que hasta entonces había existido. Esto significaba que muy bien podían existir en el futuro otros más interesantes. Recomendaba a sus amigos la lectura de Marx más por la osadía de sus pensamientos con la negativa de dar por sentado cualquier tema, que por el valor de sus conclusiones. A Rosa Luxemburgo, más que las afirmaciones y las tesis argumentadas por Marx, le interesaba el impulso que Marx podía conferir a sus lectores para pensar libremente, de manera osada. La interesaban más las negaciones de Marx que sus afirmaciones.

Ya en este momento el término marxismo deja de estar identificado básicamente con la socialdemocracia y con el movimiento obrero, como decía Kautsky, y se torna una palabra de contenidos diversos, una palabra equivocada para significar un movimiento que de por sí reúne a corrientes políticas y pensadores muy contradictorios, muchas veces enfrentados entre sí, radicalmente.

En los años 20, Karl Korsch diría que para los marxistas el marxismo en general no existe, así como tampoco existen la democracia en general, la dictadura en general, o el Estado en general. Lo que existen son niveles de desarrollo diferentes en función de diversos movimientos prácticos a pesar de que todos ellos se dicen marxistas. El marxismo, como lo entendía Korsch, es un movimiento múltiple, más que un río, es una diversidad de ríos que siguen rutas, a veces paralelas, a veces divergentes; y

también a veces claramente enfrentadas entre sí. Una historia del marxismo y una aproximación al marxismo tiene que ser evidentemente plural y múltiple. A partir del año 1917 la historia del marxismo ya no es sólo la historia de una teoría marginal, clandestina y casi subterránea, sino que es la historia de una ideología oficial. Con ello se planteó el problema de la relación entre esta teoría crítica de la sociedad y un poder constituido o en desarrollo. Al respecto un marxista británico, Perry Anderson, invita a pensar en el rol que el marxismo ha tenido en la conducción y en el cambio de la historia contemporánea. En 60 ó 70 años de historia el socialismo inspirado en el marxismo comprende a una tercera parte del planeta; alcanzar dimensiones similares le costó al capitalismo más de 300 años. Anderson ensaya una comparación entre el capitalismo y el liberalismo, y el marxismo y el socialismo, de la que concluye que la distinción más característica entre ambos se refiere al nuevo papel que tienen en la construcción del socialismo los fines colectivos intencionales, las metas y valores humanos concientes y las acciones diseñadas para realizarlos. El socialismo, en otras palabras, es un ideal subjetivo. Esto quiere decir que son parte de su historia las ideas, los conceptos, los libros, la difusión de estos libros, las polémicas, pero también los sentimientos, las pasiones que han congregado multitudes alrededor del marxismo y que muchas veces no se toman en cuenta. Y tanto ideas como sentimientos tienen soportes sociales. Evidentemente ahora ya no se podría pensar exclusivamente, como hacía Kautsky, en la necesaria asociación, en la relación entre marxismo y movimiento obrero. La expansión del marxismo en sociedades escasamente industrializadas, su vinculación con mundos tradicionales y campesinos hace que las referencias sociales del marxismo sean bastante más amplias y complejas.

La historia del marxismo plantea pues más problemas de los que resuelve. Lo que en cada marxista encontramos como solución es a su vez la apertura de una nueva problemática. Quizás de allí su atractivo sobre intelectuales y masas a lo largo de más de un siglo de historia.

* Conferencia inaugural del ciclo SUR "El Perú y el marxismo Occidental".
(1) ¿Cómo hablar acerca de nuevos territorios, de nuevas teorías.